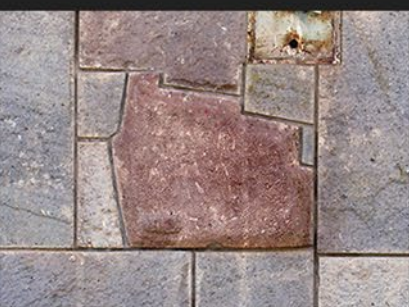


Giuliana Borea, editora

Arte y Antropología

ESTUDIOS, ENCUENTROS Y NUEVOS HORIZONTES

Capítulo 27



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

306.47 Arte y antropología : estudios, encuentros y nuevos horizontes / Giuliana Borea, editora.--
A 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea
Asociación Gráfica Educativa).
457 p.: il. (algunas col.), mapas, retrs.; 24 cm.

Incluye bibliografías.
D.L. 2017-01193
ISBN 978-612-317-227-5

1. Arte y antropología - Perú - Ensayos, conferencias, etc. 2. Arte y sociedad - Perú 3. Arte y política
- Perú 4. Antropología visual - Perú 5. Etnología - Metodología 6. Arte peruano - Siglo XXI 7. Arte
popular - Perú - Siglo XXI I. Borea Labarthe, Giuliana II. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-0586

Arte y antropología
Estudios, encuentros y nuevos horizontes
Giuliana Borea, editora

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: Juan Salas Carreño, «Forma y contenido», 2009

Primera edición: febrero de 2017
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-01193
ISBN: 978-612-317-227-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700117

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ARTE, COMUNIDAD Y POLIFONÍA: ACERCA DE LA NOCIÓN DE INVESTIGACIÓN EN ARTE Y ANTROPOLOGÍA

Carla Pinochet Cobos

Una investigadora se interna en un conjunto de localidades latinoamericanas, desde Tierra del Fuego a la Amazonía, en busca del encuentro con los pobladores y la conexión con las costumbres y tradiciones que los distinguen. Un conjunto de relatos orales reconstruye la cruda experiencia de la Guerra del Chaco, entre 1932 y 1935, a través de las voces de los ancianos de diversas etnias paraguayas. Un colectivo imparte un conjunto de talleres en diversas localidades de Iberoamérica, en los que los participantes se apropian de la técnica del mapeo para elaborar relatos colectivos en torno a lo común. Estas tres imágenes, muy distintas entre sí, bien podrían describir la tarea de un antropólogo, y sin embargo se inscriben dentro de la práctica artística contemporánea. Bien lo sabemos: desde el llamado «giro etnográfico» que Hal Foster (2001) popularizó a fines de los años noventa, en la escena del arte han proliferado distintos proyectos comunitarios y colaborativos que demandan estrategias y herramientas cualitativas para el ejercicio artístico. En la otra vereda, estas prácticas de contaminación disciplinaria han dado lugar a experiencias sociales en las que la expresión visual, sonora o performativa se encuentra al servicio de la investigación antropológica y sus derivas aplicadas. Una serie de talleres de mediación cultural se vale de hilos, papeles, sonidos, diagramas, fotografías y objetos varios para levantar, desde el territorio, un mapa de la escena de las artes visuales en dos ciudades del sur de Chile. En Medellín, Colombia, una antropóloga invita a los vecinos del barrio Antioquia a elaborar sus experiencias de violencia y duelo a partir de un conjunto de objetos personales, que serán reunidos y exhibidos en un bus-museo de las memorias individuales y colectivas.

Las experiencias son ciertamente numerosas. Quisiera desarrollar algunos breves apuntes acerca de estos encuentros y divergencias a partir de una noción que, a mi juicio, se encuentra en el centro de las prácticas contemporáneas: la de *investigación*.

¿Qué significa, actualmente, *investigar* en las artes y en la antropología? Y, sobre todo, ¿qué hacemos cuando *hacemos investigación* desde estas coordenadas disciplinares, en escenarios sociales, comunitarios y colaborativos?

En los últimos años, en mi trabajo con artistas y antropólogos en contextos diversos, esta constelación de preguntas ha recibido diferentes respuestas. La mayor parte de ellas apela, en alguna medida, a que la investigación conduce a cierta forma de conocimiento, aunque el significado de este concepto también puede ser definido de maneras múltiples. Para algunos, conocer es tan solo una tentativa de cercanía: la investigación consiste en aproximarse, merodear o rondar un asunto, interrogándolo desde sus expresiones aparentemente triviales o residuales. Este tipo de investigadores asumen como punto de partida una mirada necesariamente parcial y frecuentemente imaginan su tarea como una forma de traducción entre registros y códigos diversos, siempre referidos —en última instancia— a la propia subjetividad. Otros, en cambio, aspiran a descubrir en el proceso cierta cualidad o relación oculta que se resiste a quien observa con demasiada prisa. En el centro de esta tarea está la idea de *búsqueda*: el «*search*» contenido dentro del «*research*» (Sadr Haghghian, 2011). Investigar, para ellos, es desmantelar estos filtros para sacar a la luz aquello que descansa en el fondo; muchas veces, por tanto, cobra la forma de una desclasificación, visibilización o denuncia. Un tercer tipo de investigador, en mi experiencia, trabaja para producir un conocimiento emergente que, a diferencia de la perspectiva anterior, no considera existente de antemano. La experimentación constituye su modelo de conocimiento, y el proceso es siempre un camino flexible, que puede cobrar formas no previstas. El proceso es el que construye un conocimiento que no estaba antes allí: ni en la subjetividad de su creador, ni en las condiciones objetivas del escenario social en que se indaga.

Conviene aclarar que estos tres modelos de investigación —el del «*traductor*», el del «*detective*», y el del «*procesualista*», por nombrarlos de forma simple— no constituyen alternativas excluyentes o puras. En muchos proyectos artísticos y antropológicos, estos ánimos de investigación pueden combinarse de maneras variadas, aunque suele predominar alguno de estos espíritus por sobre los otros. Ninguno de ellos es superior a los demás. Sin embargo, quiero explorar aquí los desafíos que supone trabajar desde el tercero de estos modelos de investigación, en la medida en que admite, a mi juicio, posibilidades de trabajo privilegiadas para la producción interdisciplinaria entre arte y antropología. En mi opinión, el territorio común en el que estos campos difuminan sus fronteras puede ser pensado como un espacio donde resulta posible «*construir con otros*». La práctica polifónica que alguna vez imaginó la llamada antropología posmoderna sigue operando, hoy en día, como un horizonte deseable y esquivo: pensar con los otros; crear colaborativamente; escribir a muchas voces. Sigue siendo más fácil sostenerlo en el papel que llevarlo a la práctica.

Distingo, en este sentido, cuatro niveles que demandan reflexión y presentan encrucijadas específicas a cada una de las tradiciones disciplinares que aquí confluyen: las preguntas, los caminos, las herramientas y los resultados.

LAS PREGUNTAS

¿Cuáles son los puntos de partida de un proyecto que busca poner en el centro el conocimiento emergente? La primera dificultad se presenta en el mismo origen, pues una investigación que construye sus objetos en el proceso debe reducir al mínimo sus supuestos, sus hipótesis y sus planificaciones. En el cruce disciplinario entre arte y antropología, un modelo de investigación verdaderamente dialógico debe admitir no solo respuestas a las interrogaciones planteadas, sino también silencios, evasivas y contrapreguntas. Para que el producto emerja realmente del proceso no es suficiente con preguntarse: *¿qué tiene el otro para decirme?* Es necesario buscar formas de plantearse *cómo podemos decir juntos*.

Para la antropología, un problema importante en este sentido es romper con la lógica del «informante»: aquel sujeto/repositorio que nos ofrece acceso a unos saberes locales, preexistentes y disponibles. El giro consiste en asumir que el conocimiento se construye en el encuentro, en el trabajo colaborativo. No hay atajos posibles. Para las artes, uno de los obstáculos guarda relación con abandonar la subordinación de los otros a la pretendida sensibilidad «privilegiada» del artista. Así, construir con otros implica cuestionar las autorías tradicionales por múltiples vías: el genio creador de capacidades excepcionales, y el artista individual, solitario y autosuficiente.

LOS CAMINOS

En este panorama de prácticas convergentes, *¿de qué rutas dispone el arte y la antropología para investigar desde el proceso?* Desde fines del siglo XX, la simple dicotomía entre ciencia objetiva y exploración sensible resulta insuficiente para captar las diferencias entre antropología y arte. Hay, no obstante, tradiciones disciplinares sedimentadas que marcan en la práctica una serie de énfasis e inercias distintas. En el ámbito de la antropología, no es posible desconocer el peso de ciertos elementos vinculados a la identidad de la disciplina: la larga duración del trabajo de campo o la focalización y sistematicidad del diseño de investigación. Las artes, por su lado, son inseparables de ciertas licencias expresivas que se apartan del carril de la lógica cartesiana: se trata de una práctica expansiva y en ocasiones rizomática, que suele construirse a partir de experiencias intensas y breves en terreno.

El paradigma de investigación que quiero examinar en este texto obliga a revisar los caminos que han tomado estas tradiciones disciplinares. La investigación como

encuentro colaborativo implica, para los antropólogos y los artistas, una disposición permanente a problematizar el carácter performativo de las relaciones sociales (ver Katzer & Samprón, 2012), y una posible ampliación de los proyectos hacia terrenos de verdadero interés mutuo entre investigadores e investigados. La antropología deberá perder su racionalidad rígida y adaptarse a las lógicas del colectivo; las artes deberán perder el sello singular de su gestor y cobrar la forma de la mirada conjunta. El ejercicio de construir con otros a menudo trae consigo desvíos en la ruta prevista, resultados poco concretos o la necesidad de replantear la propia perspectiva.

LAS HERRAMIENTAS

Quizás en el nivel de las herramientas encontramos, hoy en día, el intercambio disciplinar más desarrollado y profuso. La observación participante, la conversación y la entrevista son técnicas extendidas en la práctica artística contemporánea; la construcción de paisajes visuales o sonoros, y la realización de performance con las comunidades son recursos frecuentes en la producción etnográfica de la actualidad. Pero para *investigar*, en el sentido que aquí venimos desarrollando, el simple uso de estas herramientas está lejos de ser suficiente. El tráfico de estrategias y procedimientos entre una disciplina y otra no es ya una novedad; por el contrario, hoy son moneda corriente en museos, ferias y bienales. Para explorar las posibilidades de una investigación verdaderamente colaborativa, las metodologías no pueden considerarse un valor en sí mismo. Deben ser una vía para construir una voz colectiva.

La sinergia que resulta del cruce entre arte y antropología pone a nuestra disposición una batería significativa de posibilidades: bitácoras y cuadernos de campo; bocetos y mapeos; conversaciones y entrevistas; estadías en la comunidad y observación participante. Pero para hacer emerger un conocimiento basado en el encuentro con los otros estos recursos no pueden ser más que propuestas de trabajo o registro, siempre examinadas desde los imperativos de lo local. La conversación corre el riesgo de convertirse en interrogatorio; la observación, debe buscar formas de ser contestada o puesta en discusión. Varias décadas después del giro posmoderno, aún resulta necesario poner en entredicho la autoridad etnográfica y la autoría artística, para dejar que el proceso tome el cauce de una «investigación sin garantías».

LOS RESULTADOS

Finalmente, es importante poner atención a los productos que se construyen a partir de la experiencia. Con frecuencia, el estatuto privilegiado que tiene en la actualidad el *proceso* en las prácticas artísticas y etnográficas ha devenido en un discurso que entiende proceso y resultado como polos antagónicos. Sin embargo, aun cuando

resulta vital cuidar el desenvolvimiento de las experiencias en el terreno, los productos que se elaboran desde ellas siguen teniendo un papel significativo en tanto soportes de difusión y comunicación. Los resultados nos ayudan a expandir la colaboración hacia nuevos horizontes, ya que siempre se puede aprender de las experiencias de los otros.

Si tradicionalmente el arte dio lugar a formas y la antropología produjo textos y discursos, en los territorios contaminados que venimos constatando la mixtura es la regla. Los antropólogos desplegamos estrategias de comunicación visual y los artistas difícilmente prescinden de la textualidad para presentar sus proyectos. Aunque cada día estos soportes híbridos están más legitimados en ambas disciplinas, todavía queda avanzar hacia nuevas maneras de producción artística y etnográfica que se atrevan a romper los formatos en favor de la emergencia de lo nuevo. Si *investigar*, en este sentido, es construir en el encuentro con otros, los productos de cada proyecto tendrán lógicas singulares y sentidos locales, imposibles de proyectar antes de la experiencia o de convertir en un formato replicable.

No está demás apuntar que estos modos de hacer investigación no siempre encuentran espacio para desarrollarse en el marco de las estructuras institucionales contemporáneas. No se trata de celebrar los márgenes como única alternativa, sino de poner atención a los efectos que tienen las agendas de la actual economía del conocimiento en estas formas de trabajo colaborativo. Construir con otros es más lento, más complicado y mucho menos glamuroso que lo que exige el sistema. El trabajo experimental desde las comunidades resulta muy difícil de sistematizar y productivizar para las organizaciones e instituciones que lo financian. Las becas y residencias pocas veces permiten darse el tiempo de pensar en colectivo; y los museos y galerías no tienen verdaderas intenciones de incorporar formas «otras», ni estilizadas ni de moda, de construir visualidad.

En resumidas cuentas, dentro del amplio espectro de proyectos que se alojan en este intersticio interdisciplinario, me resultan de particular interés aquellas que entienden la investigación como el desarrollo de experiencias colectivas basadas en el diálogo. Un diálogo en el que ninguno de los interlocutores posee el conocimiento de antemano, pero ambos están dispuestos a tejerlo de forma cooperativa. Cooperación, en estos territorios, no quiere decir armonía: es un trabajo desde la interculturalidad como «choque de significados en las fronteras» (Ortner, 1999); desde el disenso como modo de reestructurar la división de lo sensible (Rancière, 2002); o desde el conflicto antagonista que hace posible la democracia radical (Mouffe, 2005). En estas condiciones, infrecuentes pero no imposibles, la convergencia entre antropología y arte toma la forma de una investigación sin garantías: que no replica formatos exitosos; que no pretende confirmar certezas previas; pero que admite la emergencia de un conocimiento social que solo existe cuando muchos y muy diferentes nos ponemos a pensar juntos.

BIBLIOGRAFÍA

- Foster, Hall (2001). El artista como etnógrafo. En *El retorno de lo real. La vanguardia a fines de siglo*. Madrid: Akal.
- Katzer, Leticia & Agustín Samprón (2011). El trabajo de campo como proceso. La «etnografía colaborativa» como perspectiva analítica. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 2(1), 59-70.
- Mouffe, Chantal (2005). *On the political. Thinking in action*. Nueva York: Routledge.
- Ortner, Sherry (1999). *The fate of culture. Geertz and beyond*. Berkeley: University of California Press.
- Rancière, Jacques (2002). *La división de lo sensible. Estética y política*. Salamanca: Consorcio Salamanca.
- Riaño, Pilar (2005). Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 21, 91-104.
- Sadr Haghghian, Natascha (2011). Deshacer lo investigado. En Jan Vertwoert y otros, *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*. Barcelona: ContraTextos. MACBA/ Universidad Autónoma de Barcelona/ Bellaterra.